

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XX

Abril de 1943

Núm 214

## Puntos de vista

### La unidad de América

**E**N este mes se ha celebrado el Día de las Américas en todo el continente de Colón. Se ha invocado la unidad y la solidaridad americanas y se han hecho votos fervientes por la libertad, amenazada en la guerra sin cuartel que Europa libra en todos los rincones del mundo en donde existe una porción de tierra colonizada o bajo la dependencia de las naciones rectoras de la civilización.

América está ya, virtualmente, en estado de guerra, puesto que casi todos los gobiernos han roto sus relaciones con los países totalitarios. Entretanto el continente sufre una crisis dolorosa en cada uno de los pueblos que la componen. Crisis de orden político y de orden material. Si bien la libertad está en vigencia, por lo menos en la mayor parte de estas naciones, no puede afirmarse que en todas ellas exista el bienestar material o un ambiente favorable para el desenvolvimiento de sus industrias. La guerra ha cegado casi todos los puertos de acceso a los productos europeos y en las aduanas se amontonan a su vez los productos que América distribuía entre las naciones del Viejo Mundo y que representaban un porcentaje subido de su economía.

Esta es la mayor calamidad que padecen estos países tributarios en su economía de la economía europea. Además América vive de la lumbre que derrama el viejo continente. Aun vive de esa lumbre y persistirá en tal estado de cosas por mucho tiempo. La libertad es, ciertamente, un don magnífico, una fuerza espiritual in-

*mensa que permite a los pueblos tener una conciencia elevada de sí mismos. Pero no debemos olvidar que esta libertad es verdaderamente fuerte y segura cuando ella está fundamentada sobre una verdadera independencia material. La unidad que se proclama con énfasis en los discursos requiere de grandes sacrificios entre las mismas naciones que la proclaman.*

*Actualmente existen, en diversos países americanos, formas tiránicas de gobierno. No es que tengamos el propósito de enjuiciar esos gobiernos. Queremos tan sólo demostrar que el contrasentido es o constituye el peor de los males y el más dañino. Un continente puede alcanzar la unidad moral que se reclama sólo cuando todos los países que lo componen han llegado a obtener los mismos bienes y las mismas virtudes políticas. Espiritualmente, América goza del prestigio de ser la depositaria de un patrimonio de libertad que sólo en contadas ocasiones ha sido eclipsado en algunos de esos pueblos. Pero el absolutismo y la dictadura significan represión, esclavitud, descenso de la moral. Tales regímenes crean los estados de miseria y de envilecimiento, de los cuales aun muchos países sufren las consecuencias.*

*Existen además, sin que se haya logrado darles una solución adecuada, conflictos y rencores fronterizos que envuelven un peligro para la paz continental. La guerra misma de Europa es un aliciente o un veneno que se incorpora a estos organismos y les impulsa a considerar a los vecinos como posibles víctimas de una asonada bélica. La pobreza que padecen otros pueblos y la riqueza de sus fuentes naturales aun inexploradas, también constituyen peligros evidentes para esa unidad que se desea.*

*Lo que daría, pues, una fisonomía unitaria a todos estos pueblos sometidos a idéntica suerte, sería una forma común de educación. Hace tiempo, en un Congreso interamericano se promovió un interesante debate acerca de la necesidad de uniformar los textos de historia, quitándoles todo lo que la pasión, o el rencor, o el chauvinismo habían colocado en ellos como elementos de supervivencia de odios. En tal sentido, los que intervinieron en el debate*

realizaban una obra eminentemente americana. No sabemos qué suerte corrió aquella moción fraternal. Lo que es indiscutible es que allí se encontraba, en principio, el primer intento de dar al continente un clima seguro de paz y de solidaridad. Los textos de historia para los escolares y aun los estudios realizados por determinados historiadores, han contribuído en parte muy apreciable a mantener vivas en el corazón de muchas generaciones esta atmósfera agresiva o simplemente beligerante que se encuentra a menudo en el fondo de publicaciones de apariencia lo menos bélica posible.

El Día de las Américas, celebrado con solemnidad ejemplar en todas las capitales del continente hispano, han debido sin duda formularse estos votos, que nosotros conceptuamos como indispensables en el camino de la unidad americana. Sin ellos la solidaridad no será nunca un hecho concreto. Existe sin duda una atmósfera favorable, los hombres más representativos de cada país trabajan en esta obra fraternal. Hay un ambiente propicio. Falta sólo realizar, en conjunto y en forma sistemática, este ideal superior de convivencia y de comprensión mutuas que permitirá a América salvar un día los escollos de su independencia económica y moral y ser efectivamente el continente de la paz y de la cultura.